

**Conferencia:**  
**POR LA RUTA IMPRECISA QUE DIBUJA LA HISTORIA**

**José Antonio Lago Formoso**

El libro uno de los más versátiles acompañantes de la historia, comenzó su lento y maravilloso periplo existencial literalmente desde abajo, del mismísimo suelo, del humilde y simbólico barro que abundaba en aquella región doblemente fluvial y pantanosa del entonces no tan convulsionado oriente medio: la antigua Mesopotamia.

Y no podía ser de otra forma, el barro en aquellos agrestes lugares estaba predestinado irremediablemente a ser protagonista de cuanto evento se avecinara. Fue así como de él salieron los ladrillos que hicieron posible las terrazas superpuestas de los paradisíacos jardines colgantes de Babilonia, el mismo que ante la ausencia de canteras, permitió la construcción de los más de 16 kilómetros de la muralla de la ciudad, el mismo barro que en su increíble arrogancia, pretendió llegar al cielo por medio de las empinadas escaleras de la poliglota e inconclusa Torre de Babel, nombre en hebreo de Babilonia.

Pero así como no sólo de pan vive el hombre, el libro tampoco podría vivir sólo de barro, aún faltaban elementos para unirlo a su inseparable compañera de aventuras, la escritura, que también estaba dando sus primeros pasos. Por suerte el pragmatismo no resultó ser un patrimonio exclusivo de la contemporaneidad y aquella avanzada civilización supo encontrar de inmediato y en el mismo sitio, la solución a sus problemas, aprovecharon los abundantes cañaverales de donde saldrían esos trozos de caña que los sumerios supieron biselar con maestría para dejar en aquellas tablillas de fresca arcilla, las célebres marcas en forma de cuñas alargadas que recuerdan unos clavos, en latín "cuneus", lo que va a imponer el término "cuneiforme" para designar a esa incipiente escritura.

Si bien hubo que esperar miles de años para ver nacer al libro, ese personaje indiscutible de toda escaramuza con olor a humanidad, no aguardó mucho para hacerse de una nueva vestimenta, e incluso le bastó recorrer unos pocos kilómetros para ello, esta vez de la mano de los reconocidos escribas egipcios, quienes en los humedales de los valles y el delta del Nilo, encontraron en la planta de papiro, el material idóneo para, después de un sencillo proceso a partir del tallo, convertirla en largos rollos donde estamparía su divina huella la escritura de los dioses, los jeroglíficos.

Pero el imperio del papiro, un claro monopolio del estado egipcio, empezó a dar señales de fatiga, resultaba bastante caro, frágil, inmanejable y sólo se podía usar por una cara. Como suele suceder en estos casos su sustituto fue idea de sus más encarnizados competidores del Asia Menor, a quienes

Egipto, al negarles el suministro del producto, había sumido en una grave crisis que encontró una contundente respuesta en el pergamino, vocablo proveniente del griego "pergamene", cuyo significado es "piel de pégamo". En efecto, el pergamino estaba hecho de piel de animal debidamente tratado, por lo general de cordero, ternera o cabra. Se presentaba en hojas sueltas que se doblaban y cosían como sus predecesores directos, los códices (en latín, libros) que venían utilizando tanto griegos como romanos, y consistían en unos cuadernillos de hojas o tabletas de madera semejantes, por cierto, a los libros manuscritos de los pueblos precolombinos de Mesoamérica, en cuya confección se emplearon fibras vegetales, pieles de animales curtidas y lienzos de algodón, aunque su formato más común fue el de biombo o acordeón, que a su vez nos recuerdan las poco conocidas paletas de bambú llamadas "lamas" de la India, caracterizadas por su ingeniosa presentación en forma de persiana.

El imperio romano haciendo gala de su inmenso poderío se extendía por el mundo y con él, entre muchas otras cosas, también iba el libro y todas sus ricas variantes que al margen de la violencia de las invasiones, seguía su indetenible proceso evolutivo, hasta que en la incomprensible edad media, por fin Europa ofrece su valioso aporte por intermedio de los copistas, monjes y laicos. Los monasterios se convierten en los grandes centros de copiado, una gigantesca y difícil labor de la que no podemos excluir a calígrafos, iluminadores, miniaturistas y encuadernadores.

Las copias de los manuscritos eran verdaderas obras de arte, basta observar una de esas hermosísimas "páginas iluminadas" que se exponen en los museos o en publicaciones especializadas, para ratificar tal aseveración, a pesar de las dificultades que entrañaba la poca variedad de implementos y tintas con que contaban para su elaboración.

Intentemos una reconstrucción de este singular proceso de "iluminación". El copista, sentado con la espalda curvada frente al scriptorium, esbozaba en un infolio los diferentes motivos a ser pintados con la ayuda de un punzón, luego con una pluma de oca cortada según el tipo de trazado que buscaba, los perfilaba, y si la complejidad de las figuras lo exigía, apelaba al uso de escuadras, reglas y compases. Los contornos los coloreaba a pluma y sólo el "relleno" lo hacía con un pincel fino. Las labores de dorado y realzado necesitaban de una especial concentración y habilidad. El color rojo característico, se obtenía mezclando minio (óxido de plomo) con clara o yema de huevo, lo que le confería al color su lustre definitivo y acuñaba además el término "miniaturista" para señalar a quienes lo utilizaban en sus composiciones.

El libro se acercaba cada vez más a la forma en que hoy lo conocemos. Existen claras evidencias de que en la Europa todavía medieval se imprimían libros a partir de bloques de madera, práctica que si bien era notoria, no tenía nada de original pues todo apunta a que fue tomada de los chinos que por el siglo VI a.C. ya imprimían con bloques de madera y caracteres incisos.

Con el renacimiento vino también una innovación que cambiaría para siempre la apacible y casi anacoreta vida que hasta el momento llevaba el libro: la imprenta, una significativa invención que venía precedida de una conjunción de elementos que facilitaron su definitivo advenimiento. El primero de ellos, sin duda, fue el papel, concebido en algún punto del siglo II, cuando los chinos lograron obtener su pasta luego de someter el lino a maceración y continuar con los procesos de lavado, prensado y almidonado.

Sin embargo, el secreto de su elaboración no se conoció hasta que los mongoles, invasores de oficio, seis siglos más tarde consiguen develarlo y lo transmiten a los persas y éstos por las rutas comerciales lo hacen llegar al Islam que termina por atracar con él en costas españolas y sicilianas, y de allí se esparce por todo el viejo continente.

Al papel le sigue otro de los aportes del lejano oriente, que al parecer no estaba tan lejano, los "caracteres" o "tipos", esta vez "móviles" que junto con la "prensa de tornillo" empleada durante siglos para estrujar los racimos de uvas en la gloriosa hechura del dulce néctar de los dioses, va a conformar el basamento de la imprenta, a la que sólo le faltaba alguien que lograra integrar sus partes y la pusiera a funcionar. Es el preciso instante en que hace su aparición Johannes Gensfleisch, nombre que probablemente nos sorprenda si no añadimos que se trata de Gutenberg, cuyo verdadero mérito radica en ser el primero en mecanizar los complejos procedimientos de impresión. El novel empresario, demostrando su alto sentido de la oportunidad supo aprovechar todas estas circunstancias así como también los conocimientos de su ayudante Schöffer, quien al usar la aleación de plomo con antimonio alcanza obtener por fundición los caracteres de la escritura y en especial los de bases desiguales, y con un peligroso e imaginamos sustancioso préstamo del banquero Johannes Fust, se lanza a la novísima e incierta tarea de imprimir, encuadernar y vender libros.

Sabemos con relativa certeza que el emprendedor Gutenberg, al no poder cumplir con los términos del crédito, fue embargado y el sello de su imprenta contó con una nueva firma, la del financista Fust, razón por la cual, es muy posible que el primer libro egresado de esa imprenta ni siquiera lo haya concluido el de Maguncia. No obstante, en uno de esos arrebatos de profundo sentido de justicia a los que nos tiene acostumbrados el devenir humano, al primogénito de los incunables, se le sigue llamando en todos los rincones del planeta, la Biblia de Gutenberg.

La lenta y engorrosa labor editorial, con la cautela propia de la época, abre puertas y ventanas a un mundo de posibilidades que le brindarán al libro una presentación mucho más inmediata, signada ante todo por la practicidad, no sin antes atravesar un largo período de transición donde copistas e impresores se permiten convivir entre amagos de armonía y una que otra malintencionada zancadilla.

El siglo XVI en sus albores contempló atónito el surgimiento de las

primeras dinastías de impresores, el libro se erigía, sin proponérselo, como uno de los más contundentes promotores sociales, estaba llegando con toda su heterogénea carga a sectores a los que era poco menos que imposible penetrar con anterioridad. Resultaba paradójico que ante esa marcada tendencia del hombre a establecer odiosas diferencias y fomentar sistemáticamente la exclusividad de unos pocos en detrimento de la mayoría, una de sus más preciadas creaciones, el libro, se empeñara en una quijotesca, sostenida e indeclinable lucha por la equidad.

Como era de esperarse, la imprenta no permaneció estática y fue evolucionando, a la prensa de tornillo se le añadieron muelles en el siglo XVII, para 1800 ya era fabricada en hierro y poco después en acero, al tiempo que sus tornillos fueron sustituidos por palancas. Con la revolución industrial en el siglo XIX adquiere el poder del vapor, la vertiginosa forma del cilindro y entra en juego la rendidora rotativa. Las potencialidades de nuestro emblemático personaje se van multiplicando. Es así como en la década de 1840, aparecen los libros en rústica, libres de las ataduras de un excesivo barroquismo. Al principio acompañaron como suplementos a los periódicos y poco después se mostraron como libros de pequeño formato que invadieron a mansalva los anaqueles de las florecientes librerías.

Se podía hablar con toda propiedad de la masificación del libro, que al adentrarse en el conflictivo y apasionante siglo de las dos equis, fue adquiriendo dimensiones alucinantes en cuanto a sus probadas virtudes comunicacionales y transformadoras de una realidad que aún se resistía a dejar los viejos resabios oscurantistas, mientras la ciencia se esforzaba por acrecentar su velocidad aprovechando la coyuntura que representaba una alteración en el orden de las ideas, y así capitalizar una lucida actuación que se vio recompensada cuando se conoció que la tinta era posible transferirla de la superficie litográfica a una superficie de caucho y de allí al papel, habíamos topado con la litografía Offset. Se fueron sucediendo una buena cantidad de variantes cada vez más perfeccionistas, donde el diseño gráfico y la encuadernación cobraron un vigor y una autonomía inimaginables lo que propulsó la publicación de libros durables, precisos y dotados de una gran personalidad estética.

La última década del siglo pasado y el publicitado arranque del tercer milenio privilegiaron lo que se ha dado en llamar el libro electrónico o virtual, una alternativa estimulada por el amplio desarrollo de las movilizadas tecnologías informáticas con la consecuente incidencia en la disminución de los costos de producción y distribución que, como puede avizorarse, requiere todavía de un tiempo de pausada decantación a fin de generar sus propios espacios y desplegar su subliminal campaña atrapa lectores.

El futuro del libro, si nos atenemos a su pasado, se encuentra en su enérgico presente, desde donde dicta cátedra de consistencia y da muestras luminosas e inequívocas de su envidiable capacidad de adaptación al irregular pero sostenido tránsito de la contingencia humana.

Concluyamos con una pretensión poética que busca entre los torrentosos alejandrinos, navegar por la vitalidad de ese río de signos al que hoy le rendimos merecida pleitesía:

Hoy podría entregarles a la orilla del viento  
melodías capciosas recargadas de abuso,  
de igual modo con giros francamente en desuso  
adentrarme en lo cursi conteniendo el aliento.  
Por supuesto hablaría con dramático acento  
amparado en la estirpe que mi sino dispuso,  
y con gesto forzado y ademán inconcluso  
pediría a las musas lo que niega el talento.  
Soltaría además con la ebúrnea mirada  
un destello de alcurnia en la luz de un suspiro,  
pretendiendo ser alguien sumergido en la nada  
por los turbios senderos de las líneas que escribo,  
y en un súbito intento de alegrar la velada  
relatarles los sueños con que fraguan el libro.

Pero el mundo deviene como tiene que hacerlo,  
las costumbres reniegan de su propia existencia,  
lo que ayer imperaba hoy es sólo una ausencia  
sepultada a las puertas del mismísimo infierno.  
Y aunque todo proclame la extinción de lo eterno  
y se afirme que estamos a merced de la ciencia,  
siempre surge un ingenuo derrochando inocencia  
en las notas ocultas de un raído cuaderno.  
Otra vez, como siempre, la verdad se desnuda,  
regorjitan las voces de los años perdidos,  
los arcanos silencios abandonan la duda  
desafiando la infamia de sus mucho peligros,  
para luego, entre letras de arabesca figura  
sonreírle a la vida a través de los libros.

Cazador implacable del furor de la gloria  
ataviado a la sombra de la humilde materia,  
adelanta su paso por la audaz periferia  
de la ruta imprecisa que dibuja la historia.  
Lleva envuelta en sus genes la añorada victoria,  
palpitando en el aura de la imponente sumeria  
mientras busca siluetas de fingida miseria  
en las claves ardientes de su añil trayectoria.  
Es un cúmulo insigne de sinuosas veredas  
Al vaivén machacante del calor primitivo,  
descifrando señales, descubriendo leyendas

adosadas al barro y alpreciado papiro.  
Es un río de signos, un sinfín de prebendas,  
es la fuerza del verbo encarnada en el libro.

Curtido caminante de efluvios y pantanos  
irrevocable muestra de la necesidad  
y un cálamo afilado rasgando el más allá  
por la clarividencia de rumbos africanos.  
De escribas a copistas de innumerables manos  
en santos monasterios de muda soledad,  
colmado de presagios impuso la verdad  
de aquel afán sin tregua de esfuerzos sobrehumanos.  
Para, después de mucho, casi sin darnos cuenta,  
dejar entre los pliegos el golpe de los "tipos"  
y desatar la magia perenne de la imprenta  
al margen del temible estruendo de los siglos,  
en un tercer milenio de elogios y de afrentas  
que sigue proclamando el triunfo de los libros.